MIGAJAS

Yo

Nací sucio, negruzco y feo, según me dijo mi madre, que me quería mucho.

Es cierto que nunca me gusté mucho a mí mismo, sin saber muy bien porqué.

El recuerdo más pertinaz de mi tierna infancia fue el aburrimiento. Creo que me pasaba el día esperando. Esperando que se ocupen de mí, que me presten atención, que me den de comer.

Y también un recuerdo tenaz es el de la espera día tras día, que mi padre regrese del trabajo por la tarde. Esta espera era aún más insoportable en invierno, cuando la noche caía más temprano. No sé si me aburría sin mi padre, o que sabía que no comeríamos hasta que él llegara.

De alguna manera, siempre me consideré algo fuera de lo común, y muy pronto se asentó en mi mente juvenil la impresión de que yo estaba loco. Era una locura incipiente, que no tenía mas remedio que ir agravándose, y que algún día estallaría sin posibilidad de ocultación. Esa perspectiva a largo plazo me preocupaba en mis interminables periodos de aburrimiento.

Por suerte, un día llegó mi hermano.

Desde el principio, lo quise mucho, y como la felicidad, el sosiego y la paz suelen ser monótonos y tediosos, decidí demostrar a todos mi afección por mi hermano inventando situaciones al principio anodinas que paulatinamente iban derivando hacia el conflicto y la catástrofe.

Así inventé el juego del león y del domador.

Mi hermano, que tenía apenas tres años, se regocijaba cuando yo le proponía que jugase el noble papel de domador de fieras, reservándome yo el papel del león.

Todo empezaba bien. Yo era un león bastante dócil y manso, mas bien tirando a gato doméstico, ronroneando y frotándome a cuatro patas contra los muebles del salón. De vez en cuando mostraba los dientes, pero sin verdadera ferocidad, casi con una sonrisa, y con un rugido muy suave, como el soplo de un bostezo.

Mi hermano, imitando lo que había visto en el circo, simulaba con su pequeño brazo los latigazos que

sin duda alguna me amedrentaban y me sometían a su voluntad.

Enardecido por mis manifestaciones de subordinación bestial, se erguía recto sobre sus piernecitas y avanzaba en el ruedo imaginario para hacerme retroceder.

Entonces imperceptiblemente, la situación tomaba un matiz algo inquietante. Primero un tímido zarpazo del león sacudía una silla del comedor y un rugido algo mas fuerte, rompía la armonía del instante.

El cambio se reflejaba inmediatamente en la cara de mi hermano, quitándole el júbilo del éxito.

Para el león eso era la señal esperada. Los zarpazos, uñas delante, se hacían más agresivos, y se dirigían a los muslos desnudos del pequeño domador. La bocaza enorme del león se abría en grande, descubriendo colmillos desproporcionados y emitiendo un rugido ensordecedor.

Los ojos de mi hermano, redondos, se llenaban de pánico. Hacía una ultima tentativa con el látigo virtual, pobre defensa contra un león cuatro veces más grande que el domador, y después, preso del pánico, se ponía a correr desorientado y llorando, gritando: ¡ mamá, mamá!

El león, alentado por tan buena respuesta, seguía su lógica animal y corría a cuatro patas detrás de su domador, dando temibles arañazos, hasta alcanzarlo.

La lucha cuerpo a cuerpo era corta y desesperada para el domador. Entre sollozos y gritos, se veía sujeto, brazos y piernas debajo del león.

Entonces, si nuestra madre no había acudido todavía para salvar al domador de tan cruel fin, empezaba una exquisita tortura, que permitía alargar deliciosamente la escena.

El león, rugiendo con mandíbulas abiertas sobre la cara asustada de mi hermano, dejaba caer lentamente un hilillo de saliva viscosa y tibia. El domador, sobrecogido por el asco, aullaba más que gritaba y se meneaba como un demente bajo las garras del león.

Al cabo de unos minutos el escándalo de los gritos solía alertar a mi madre, o a la criada, que corrían desde la cocina, señal para el león de soltar su presa y de desaparecer en la jungla para hacerse olvidar un rato.

Ana Laura

Un día fui padre. Nació Ana Laura, sucia, rojiza y fea, pero era parte de mí.

Los sábados, mi mujer iba de compras y me la dejaba :

- Ten cuidado, recuerda que tiene solamente 3 meses. No hagas tus tonterías de siempre. Dale un baño tibio, y después el biberón. Cuando haya comido, no la acuestes enseguida. Guardala en tus brazos un rato para que eructe, y después ponla en su cunita

- No te preocupes, dame la composición del biberón, todo irá bien. ¡Vete tranquila!

Mi mujer me lo apuntaba todo : la temperatura del baño y del biberón, las proporciones de leche en polvo y de agua mineral, y, algo inquieta, me dejaba por fin solo con mi hija.

Ana Laura era un bebé apacible y alegre. Cuando el baño estaba preparado, (habiendo conseguido la temperatura exacta por medio de una complicada mezcla iterativa de cazuelas de agua fría y caliente), la sacaba de su cuna y la desnudaba. Sentada en su pequeña bañera azul, Ana Laura jugaba, sonriente, con un patito y un pequeño delfín. De vez en cuando, con un grito de alegría, daba unos manotazos al agua que me salpicaban la cara.

Para mí, ese instante era una migaja de eternidad.

Una vez bañada, untada de crema, con un nuevo pañal y vestida, me la llevaba al sillón delante de la televisión para el esperado biberón. Como era muy pequeñita, cabía acurrucada en el recodo de mi brazo izquierdo. Cogiendo el biberón también con la mano izquierda, dirigía la tetina hacia sus labios. Avidamente se ponía a chupar el sabroso líquido que yo le había preparado. Pronto, sus ojitos negros se cerraban de gozo.

Había llegado el momento para mí de entregarme a mi pasatiempo favorito: con mi mano derecha agarraba el mando y zapeaba frenéticamente entre los programas para ver dos o tres películas a la vez, reconstituyendo mentalmente las secuencias no vistas.

Un sábado, mientras Ana Laura degustaba su biberón, mi zapeo brusco hizo aparecer de repente en la pantalla una mujer escultural : ¿Gina o Brigitte? ¿O quizás Sharon? No recuerdo bien. Despechugada

y vestida con unos cuantos harapos, sus eróticos meneos descubrían sus poderosos encantos.

No me pude resistir a tal invitación. Instintivamente, salió de mi boca un grito de admiración :

¡Ahahahaaaaah!

Mi lujuria no fue del gusto de Ana Laura. Despertada súbitamente de su festín, escupió el biberón que se cayó, derramándose sobre la alfombra. Su pequeña boca despidió un chorro de leche que manchó mi pantalón y el sillón. Entre hipos y gritos devolvió todo lo que había tragado y cogió un berrinche interminable.

El espíritu de la tarde se había torcido, y no pude más que limitar los estragos.

Paseándome enérgicamente por el pasillo mientras mecía a mi hija en los brazos, logré calmarla al cabo de un largo rato, pero no pude dormirla. Su mirada indignada y sin pestañear, estaba llena de reproches. La acosté en su cuna pero siguió mirándome fijamente, con la severa expresión de sus cejas fruncidas.

Lo limpié todo, cepillé la alfombra, y me cambié de pantalón. Apagué la funesta televisión y cogí un libro.

Cuando regresó mi mujer, cargada de paquetes, se fue enseguida a ver la cuna,

-¿Cómo es que la niña no duerme?

-¿Cómo que no duerme? ¡Debe ser porque ya no tiene más sueño…ha estado muy tranquila toda la tarde!

Sentí en mi mujer una sospecha muda, una sospecha gris y cargada de amenazas.

Una sospecha más, semejante a los guijarros puntiagudos que, en las sandalias de los legionarios echaron abajo el Imperio Romano.

Las perdices de mi madre

Acostumbrábamos pasar cada año, las fiestas de Todos los Santos en nuestra casa de campo cerca de Santander.

Unas semanas antes de marcharnos, yo le preguntaba a mi madre :

- ¿Mamá, nos harás perdices, verdad?

- Hijo, ya veremos, eso es mucho trabajo, sabes…

- ¡Mamá, siempre nos las has hecho, a mi me gusta mucho como las cocinas! ¿Nos las harás, verdad?

- Ya veremos, no seas pesado, que ya soy vieja, todo me cansa más.

- ¡Mamá, no digas tonterías, no serás nunca vieja, háznoslas, que me gustan mucho!

- Ya veremos, ya veremos…

-¡ Mamá, que es solamente una vez al año…!

La casa de campo, sobre una pradera siempre verde, tenía una cocina con vista a los cultivos y a los bosques lejanos que en esa época se teñían de amarillo y rojo. Al lado de unos chopos había un pequeño estanque con algunas carpas. Cuando llegábamos de Madrid, mi madre, acercándose a la orilla, las llamaba :

- ¡Petits,petits, petits…!

Las carpas como perritos, se acercaban al borde y mi madre les echaba mendrugos de pan.

Y un día, sin que yo le hubiera dicho nada :

- ¿Hijo, crees que el carnicero tiene perdices este año?

Y yo corría al pueblo a buscar cuatro buenas perdices ya desplumadas y vaciadas, que mi madre ponía sobre la mesa de la cocina en una fuente, cubiertas con un paño de algodón.

En la cocina blanca, el día escogido, mi madre se ponía un delantal azul y calentaba un poco de aceite de oliva en una olla grande. Mientras tanto, picaba finamente unas cebollas, y sus ojos azul claro se llenaban de lágrimas. De seguida echaba la cebolla en el aceite caliente, removiéndola con una vieja cuchara de madera hasta que tomaba un color sepia casi transparente. Ponía las perdices a rehogar en

el aceite con una pizca de sal, unos granos de pimienta y dos hojas de laurel.

Entonces, un aroma delicioso, se diseminaba por la casa entera, reforzándose aún más cuando, las perdices ya bien doraditas, mi madre vertía cuidadosamente dos vasos de jerez seco en la olla, antes de cubrirla.

Toda la familia se reunía en el comedor, iluminado por el tibio sol de Noviembre, y se servían las perdices que yo había partido por la mitad, reservando los higadillos y los corazones para la sabrosa salsa que olía a Andalucía.

Solía pedir à mi madre que acompañase las perdices con puré de patatas, para poder hacer un pocito, como un volcán, en mi plato y llenarlo del exquisito jugo. Poco a poco, los huesitos de las pequeñas aves, más limpios y blancos que los de una catacumba romana, iban acumulándose al borde de los platos, testigos de tan epicúreo festín.

Entonces, le decía a mi madre :

- ¡Mamá, qué buenas son tus perdices, nos las harás el año que viene, verdad!

- ¡Oh, el año que viene, no sé si estaré todavía aquí. Ya veremos, ya veremos…!

Fue así que, año tras año, nos reuníamos para comer las perdices de mi madre.

Y un triste día de Mayo, hace unos años, supimos que ya no comeríamos más las perdices de mi madre, nunca más.

Ese mismo año, una fría mañana de Noviembre, la superficie del estanque se cubrió de una espesa capa de hielo, y las carpas, prisioneras, murieron todas.

ROBERTO FILLIAS BOFILL

Diciembre 2022

****